EL ANUNCIADOR

El Gobierno que le había asignado la delicada misión de Anunciador era el octavo en tres años. En la arraigada tradición de sus predecesores, ajusticiaron a todos los miembros y simpatizantes de la presidencia anterior, cambiaron el himno, la bandera y el color de los uniformes militares, y se dispusieron a hacer una reestructuración a fondo del país. Revisaron todo tipo de documentos y, tras numerosas reuniones y de acabar con cualquier signo de rebeldía, descubrieron que a los habitantes de Cajamarga hacía años que se les había olvidado morirse. Como cualquier elemento, por insignificante que fuera, que escapara a su control, lo consideraron un posible germen de insurrección.

Para remediar aquella anomalía intolerable en el Nuevo Estado, ejemplo de orden y disciplina, el gobierno acordó enviar con urgencia a un funcionario con la categoría de Anunciador. Estaría encargado de informar de los decesos que se tendrían que haberse

producido en los últimos años y que parecía que, en aquel pueblo perdido, no tenían intención de reconocer.

El Anunciador llegó en el tren que pasaba por Cajamarga algunos martes. Cuando se bajó en el andén, ya hacía horas que había dejado de intentar ver a través de las ventanas, cubiertas del polvo amarillento que lo cubría todo a través de la llanura desértica. Se sacudió su traje de funcionario, echó un vistazo a la lista que le habían proporcionado e hizo como que se retorcía el bigotillo que se había empezado a dejar crecer en cuanto se enteró de la nueva tarea que le habían encomendado: en la fotografía del nuevo Gabinete que colgaba en su oficina, todos aparecían con un feroz mostacho.

Con el paso más decidido que supo ejecutar, el Anunciador se dirigió al único hostal del pueblo. Cruzó la plaza bajo un sol pálido mientras languidecía el silbato del tren a través del páramo interminable. El cuello de la camisa se le pegaba con la mezcla de sudor y polvo y se preguntó si lo del bigote sería una buena idea para un clima como aquel. Un grupo de niños y un par de perros sentados en el suelo observaron en silencio, sin levantarse, como atravesaba la plaza. Todos, perros y niños, tenían los mismos ojos y el mismo color blanquecino que el cielo y la tierra.

Se dirigió al hombre grueso que se abanicaba con un periódico arrugado tras el mostrador de la recepción.

—Me envía el Gobierno.

El hombre no hizo ademán de levantarse, pero en un rápido movimiento con el periódico, mató una de las

numerosas moscas que recorrían el mostrador sin que a las demás pareciera afectarles.

—El Gobierno —dijo el hombre grueso.

El Anunciador sacó del bolsillo de su chaqueta unos papeles con membrete oficial y se los mostró al recepcionista que se puso de pie y se colocó unas minúsculas gafas en la punta de la nariz.

—El Gobierno —repitió, sin levantar la vista.

Suspiró y le tendió una llave atada a un pedazo de madera del tamaño de un puño.

—Suba al primer piso. Solo hay una puerta —dijo el recepcionista sin mirarle.

El Anunciador pasó la noche en un duermevela lleno de inquietud, pero, disciplinado como era, comenzó su trabajo a la mañana siguiente. Se cepilló el traje, se recortó el amago de bigote, se lavó como pudo en el lavabo de la habitación y comenzó a recorrer las calles de Cajamarga con la lista en la mano, llamando a cada puerta y preguntando a los vecinos.

Pronto tuvo al grupo de chiquillos silenciosos y al par de perros siguiéndole en su peregrinaje, siempre a unos metros de distancia. Cada casa era igual a la anterior: la misma mujer de negro, bajita y regordeta, le abría la que parecía la misma puerta y negaba con un gesto silencioso, como si todas hubiesen ensayado una coreografía, cuando decía el primer nombre de la lista. Al mediodía tenía la camisa empapada en sudor y los ojos cegados por la bola blanca que era un sol que no daba sombras. Por fin en una casa, al preguntar:

—¿Abadio Martín de la Hoz?

La mujer de negro asintió.

—Pase usted. Estamos comiendo.

En una estancia ínfima se agolpaban a la mesa, hombro con hombro, tres hombres con el rostro casi idéntico, el pelo pajizo y ojos de mirada huidiza, un par de niños y un anciano en camiseta que no paró de comer cuando entró el funcionario.

—¿Abadio? —preguntó al grupo— ¿Abadio Martín?

—Soy yo —contestó el anciano con la boca llena.

—Le comunico en nombre del Gobierno que falleció usted hace dos años, tres meses y un día. Debe acompañarme para proceder a su entierro.

La mujer de negro se dirigió a uno de los hombres de la mesa:

—¿Ves? Mira que te lo llevo diciendo tiempo

—Mujer, ¿y qué querías que hiciese?

El Anunciador le mostró al anciano los papeles.

—Por lo menos me dejará terminar de comer.

—Ande padre —dijo otro de los hombres—, póngase usted el traje de las fiestas y acompañe al señor.

Hubo que improvisar un velatorio en el bar y construir un ataúd a toda prisa con unas cajas de madera. Con todo, lo más difícil fue convencer a Abadio de que no se moviera ni se levantase.

—¿Ni un chato de vino me vais a dar? —repetía de vez en cuando desde el interior de la caja.

Al día siguiente le enterraron en las afueras. Todo el pueblo se congregó para presenciar aquel primer

entierro y, al acabar, se formó un numeroso corro alrededor del Anunciador:

—Oiga, la Patro lleva unos meses muy pálida —le dijo una mujer, vestida de negro como todas.

—Y la Herminia, lo que ha adelgazado, si la hubiera visto usted hace unos meses.

—Pues yo creo que a Federico, el panadero, se la ha puesto una mirada muy rara. Y se le está cayendo el pelo.

—Pero mujer, es que en su familia son todos calvos Le digo yo que la próxima tiene que ser la Patro —aseveró la primera mujer.

El Anunciador fue retrocediendo sin dejar de retorcerse el bigote.

—La lista, tienen que estar en la lista —y acabó por escapar a la carrera mientras se palpaba aquel bigote que no parecía que terminara de cuajar.

Continuó haciendo su trabajo y las tumbas comenzaron a florecer: un par de mujeres que al parecer habían muerto en el parto y cuyos nietos llevaron sus ataúdes hasta el improvisado camposanto. Un hombre que se había roto el cuello arreglando un pajar y llevaba diez años con la cabeza suelta cuando jugaba la partida todas las tardes en la cantina. Una niña de ojos muy azules que había contraído unas fiebres el día de su comunión y que siempre tiritaba debajo de una capa de lana a pesar del calor...

Cuando pasó aquella novedad la gente dejó de asistir a los entierros. Daban el pésame en el bar, brindaban

por el difunto y volvían a sus quehaceres. Aunque los niños dejaron de tirarse por los empinados terraplenes que daban el cauce seco del río, los adultos ahora se protegían del sol con sombreros coloridos y las mujeres se ponían un chal cuando el sol blanco se iba y llegaba el helado viento del norte. En la cantina se prohibió maldecir y comenzaron a hablar de reconstruir la iglesia que se había desmoronado hacía años.

—¿Y el cura? Porque tendrá que haber un cura —preguntaba un paisano, entre trago y trago.

—Se lo pediremos al Gobierno, a cambio del Anunciador —contestaba otro.

Uno de aquellos martes en los que tocaba que llegara el tren, descendió de uno de los vagones un pelotón de soldados. El tren se quedó esperando en la vía y el humo del vapor fue visible desde todo Cajamarga. Los soldados se dirigieron hacia el hostal en fila de a dos, a paso ligero, sacaron a rastras al Anunciador con el bigotillo a medio arreglar y sin dar más explicaciones lo fusilaron en la plaza, delante de los niños y de los perros blancos. Formaron y volvieron al mismo paso ligero al tren entre gritos de «¡Viva la revolución! ¡Arriba el nuevo gobierno!» y, en cuanto estuvieron de nuevo en el vagón, el tren partió mientras hacía sonar su silbato como un aullido lejano.

Al Anunciador lo enterraron al mediodía entre la niña de la comunión y un atragantado con un hueso de conejo. Guardaron los chales y los sombreros, descolgaron el cartel de prohibido de la cantina y los niños

empezaron a tirarse desde lo más alto de los árboles resecos.

Esa noche, cuando ya no se oía ni el eco del silbato del tren y el vapor de la locomotora se había perdido en el horizonte, en las afueras se empezó a escuchar el escavar de multitud de palas. Un rugir de metal festivo contra la tierra apelmazada.